

# **CONTENIDO**

## **1.- HOMILÍA**

## **2.- JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO**

- **MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO**
- **MENSAJE DE LA COMISIÓN EPISCOPAL DE  
MIGRACIONES DE LA CEE**

## **3.- SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS – 2015**

**Florentino Muñoz Muñoz**

# **HOMILÍA IIº DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2015**

## **CICLO “B”**

### **TIEMPO LITÚRGICO ORDINARIO**

Hemos concluido el tiempo litúrgico de Navidad en el que hemos celebrado el nacimiento y la manifestación del Hijo de Dios entre los hombres.

Hoy iniciamos un tiempo litúrgico nuevo que está constituido por los domingos del Tiempo Ordinario.

Participemos de forma consciente, activa y fructuosa en las celebraciones litúrgicas, evitando la rutina y la inercia.

Recordemos unas enseñanzas del Concilio Vaticano II que no debemos olvidar y hemos de transmitir y enseñar a los demás...

\* “La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido” (IPedr. 2,9; cf. 2,4-5)” (SC 14).

\* “No se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la sagrada Eucaristía; por ella, pues, hay que empezar toda la formación para el espíritu de comunidad. Esta celebración, para que sea sincera y cabal, debe conducir lo mismo a las obras de caridad y de mutua ayuda de unos para con otros, que a la acción misional y a las varias formas del testimonio cristiano” (PO 6).

Anunciemos a los demás con el testimonio y con la palabra a Jesucristo que es el Redentor y el Salvador de la humanidad: la Buena Noticia para todos: “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hech.4,12). Jesucristo es nuestro Salvador.

“El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí” (Papa Francisco, EG 88).

# 1.- LAS LECTURAS

## “Danos, Señor, un corazón que escuche”

**1.- Primer Libro de Samuel 3,3b.10-19.** Dios llama a Samuel en el silencio de la noche. Samuel responde: “habla, Señor, que tu siervo te escucha”. También hoy el Señor nos habla a cada uno: con la ayuda de la gracia divina abramos los oídos del alma para escucharlo, acojamos su palabra y meditémosla en nuestro corazón para que nos ilumine, nos edifique y nos guíe siempre. No nos limitemos a oír; hemos de dar un paso más: escuchar y hacer nuestra la Palabra de Dios.

**2.- Salmo Responsorial 39.** Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad. Pidamos al Señor que nos ayude a hacer nuestra y a vivir en verdad la respuesta del salmista siendo obedientes a Dios. Danos, Señor, un corazón acogedor y disponible para acoger y realizar tus designios de paz allí donde estamos, vivimos y trabajamos. No entreguemos el mundo ni a la violencia, ni a la guerra, ni al hambre.

**3.- Primera Carta de San Pablo a los Corintios 6,13c-15a. 17-20.** Como a los cristianos de su tiempo, San Pablo nos exhorta a todos a apartarnos de los cultos idolátricos ya que nuestros cuerpos son miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo. Hemos de comportarnos de tal modo que nunca profanemos este templo. Estamos llamados a pasar de un egocentrismo, que no nos salva sino que nos domina, a un cristocentrismo que nos redime y nos salva. Entonces, podremos decir con palabras de San Pablo: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20).

**4.- Evangelio según San Juan 1,35-42.** Los discípulos de Juan se encuentran con Jesús, y se fueron con Él. Vieron donde vivía Jesús y se quedaron con Él. Se convierten en intermediarios para que otros encuentren y sigan a Jesús. ¡Ayúdanos, Señor, a construir un mundo fraterno, solidario y pacífico!. ¡Bienaventurados los que buscan la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios! Tendamos puentes de encuentro y de diálogo entre todos para resolver los problemas de cada día. Promovamos la cultura del encuentro, de la escucha, de la acogida, y nunca promovamos la exclusión, la marginación, el descarte (Papa Francisco).

## **2.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA**

### **1.- Construyamos la paz**

El Señor nos dirige hoy una llamada concreta: construid la paz. Escuchemos y acojamos esta llamada con sincero corazón y verdadero deseo de construirla en el corazón humano, en los matrimonios y familias, en los pueblos y ciudades, en el mundo entero.

Derribemos todos los muros que nos dividen y nos enfrentan, nos separan y nos impiden comunicarnos y dialogar. No vivamos ni enfrentados ni de espaldas unos a otros.

Respetémonos unos a otros; abramos caminos y senderos para una etapa nueva de paz, concordia, amistad entre todos..

Construyamos la “civilización del amor” que comienza por el respeto sagrado a todo ser humano.

“Que se caigan de una vez y para siempre las armas de la guerra de las manos humanas” (Beato Pablo VI, ONU).

Construyamos una sociedad justa, fraterna, solidaria, pacífica...

Los caminos que nos llevan a la paz son el amor, la justicia, el perdón, la oración...

Desterremos para siempre de nuestros corazones y de nuestra sociedad el odio, la mentira, el egoísmo...

### **2.- Eduquemos para la paz**

Todos los que tenemos una misión educadora en las familias, en la sociedad, en las comunidades cristianas, en las instituciones educativas...no nos cansemos nunca de educar para la paz.

Sembremos en las conciencias humanas las semillas de la paz, de la concordia, del respeto, de la acogida...

Cuidemos esa siembra con nuestras palabras, con nuestros gestos, con nuestro testimonio...Que nuestros comportamientos no sean nunca contrarios a la palabra que transmitimos y decimos a otros...

Respetemos la vida humana, toda vida humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre: desde el momento de la concepción en el seno de la madre, en su desarrollo, hasta el fin natural de la misma...

### **3.- Oremos por la paz**

No nos cansemos de orar por la paz en todos los pueblos de la tierra, los que están cerca de nosotros y los que están lejos.

Hagamos nuestra esta oración franciscana por la paz y recémosla con frecuencia:

“¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!  
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;  
donde haya ofensa, ponga yo perdón;  
donde haya discordia, ponga yo unión;  
donde haya error, ponga yo verdad;  
donde haya duda, ponga yo fe;  
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;  
donde haya tinieblas, ponga yo luz;  
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

“¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto  
ser consolado como consolar;  
ser comprendido, como comprender;  
ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;  
olvidando, como se encuentra;  
perdonando, como se es perdonado;  
muriendo, como se resucita a la vida eterna”.

Terminamos. Unidos en la oración por la paz.  
Cáceres. 9 de enero de 2015.

**Florentino Muñoz Muñoz**

## II

### JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO

18 de enero de 2015.

“Queridos emigrantes y refugiados, ocupáis un lugar especial en el corazón de la Iglesia, y la ayudáis a tener un corazón más grande para manifestar su maternidad con la entera familia humana. No perdáis la confianza ni la esperanza. Miremos a la Sagrada Familia exiliada en Egipto: así como en el corazón materno de la Virgen María y en el corazón solícito de san José se mantuvo la confianza en Dios que nunca nos abandona, que no os falte esta misma confianza en el Señor. Os encomiendo a su protección y os imparto de corazón la Bendición Apostólica.”

Papa Francisco.

**LEMA:** “UNA IGLESIA SIN FRONTERAS, MADRE DE TODOS”  
Y CUANTAS PERSONAS ASISTIRÁN.

DELEGACIÓN Y SECRETARIADOS DIOCESANOS DE  
**MIGRACIONES**  
DE LA PROVINCIA ECLESÍASTICA MÉRIDA-BADAJOS.

**A TODOS LOS SACERDOTES, RELIGIOSOS Y RELIGIOSAS, Y  
AGENTES DE PASTORAL DE MIGRACIONES.**

*Diócesis de Mérida-Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia.*



**Queridos hermanos  
todos: PAZ.**

Estas letras son para  
**INFORMARTE:**

- **El día, 18 de Enero, de 2015, Domingo, es la celebración de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, bajo el lema,**

**“UNA IGLESIA SIN FRONTERAS, MADRE DE TODOS”.**

- Este año la celebraremos juntos toda la Provincia eclesiástica, en la Diócesis y ciudad de **PLASENCIA**.

**INVITARTE** a que, desde el servicio que prestas en tu Diócesis, hagas llegar esta “buena noticia”, la apoyes y sensibilices a la comunidad y a los inmigrantes para que podamos realizar estas Jornadas, como Iglesia que camina en Extremadura que no tiene fronteras y que es Madre de todos los hermanos que están entre nosotros.

**PEDIRTE** que estés en contacto permanente con tu Delegación o Secretariado para resolver todas las dudas y organizar coordinadamente esta acción que con todo cariño estamos organizando.

*(CORIA-CACERES: Desde Cáceres saldremos en autobús. De otros lugares de la diócesis nos vais diciendo la necesidad, y le damos la solución posible. Antes del 9 de enero de 2015 hacéis el favor de llamarme al 660 37 27 06 o en Cáritas preguntad por Virginia en el 927 21 38 08)*

Encomendamos todo este trabajo al Señor y a Nuestra Madre, María, y con el Papa nos decimos que **“A la globalización del fenómeno migratorio hay que responder con la globalización de la caridad”**.

Con Cariño de amigos y Hermanos.

Inma y Diego, delegados en Mérida-Badajoz.

Ángel M. Chapinal y Felipe García, de los Secretariados Diocesanos de Coria-Cáceres y Plasencia.

## **PROGRAMA**

10,45: Llegada de los autobuses a la Puerta de Talavera de Plasencia. Recepción y acogida.

11,00: Café en el Seminario Diocesano.

11,30: Visita turística a la Catedral.

12,00: Celebración de la Eucaristía. Preside D. Amadeo, Obispo de la Diócesis.

13,00: Visita turística a la ciudad.

14,00: Comida compartida en Cáritas Diocesana. Convivencia, bailes, cantos...

17,30: Finalización de las Jornadas.

# **A.- MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2015**

## **«Una Iglesia sin fronteras, madre de todos»**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Jesús es «el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona» (Exhort. ap. [\*Evangelii gaudium\*](#), 209). Su solicitud especial por los más vulnerables y excluidos nos invita a todos a cuidar a las personas más frágiles y a reconocer su rostro sufriente, sobre todo en las víctimas de las nuevas formas de pobreza y esclavitud. El Señor dice: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25,35-36). Misión de la Iglesia, peregrina en la tierra y madre de todos, es por tanto amar a Jesucristo, adorarlo y amarlo, especialmente en los más pobres y desamparados; entre éstos, están ciertamente los emigrantes y los refugiados, que intentan dejar atrás difíciles condiciones de vida y todo tipo de peligros. Por eso, el lema de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado de este año es: *Una Iglesia sin fronteras, madre de todos*.

En efecto, la Iglesia abre sus brazos para acoger a todos los pueblos, sin discriminaciones y sin límites, y para anunciar a todos que «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). Después de su muerte y resurrección, Jesús confió a sus discípulos la misión de ser sus testigos y de proclamar el Evangelio de la alegría y de la misericordia. Ellos, el día de Pentecostés, salieron del Cenáculo con valentía y entusiasmo; la fuerza del Espíritu Santo venció sus dudas y vacilaciones, e hizo que cada uno escuchase su anuncio en su propia lengua; así desde el comienzo, la Iglesia es madre con el corazón abierto al mundo entero, sin fronteras. Este mandato abarca una historia de dos milenios, pero ya desde los primeros siglos el anuncio misionero hizo visible la maternidad universal de la Iglesia, explicitada después en los escritos de los Padres y retomada por el Concilio Ecuménico Vaticano II. Los Padres conciliares hablaron de *Ecclesia mater* para explicar su naturaleza. Efectivamente, la Iglesia engendra hijos e hijas y los incorpora y «los abraza con amor y solicitud como suyos» (Const. dogm. sobre la Iglesia [\*Lumen gentium\*](#), 14).

La Iglesia sin fronteras, madre de todos, extiende por el mundo la cultura de la acogida y de la solidaridad, según la cual nadie puede ser considerado inútil, fuera de lugar o descartable. Si vive realmente su maternidad, la comunidad cristiana alimenta, orienta e indica el camino, acompaña con paciencia, se hace cercana con la oración y con las obras de misericordia.

Todo esto adquiere hoy un significado especial. De hecho, en una época de tan vastas migraciones, un gran número de personas deja sus lugares de origen y emprende el arriesgado viaje de la esperanza, con el equipaje lleno de deseos y de temores, a la búsqueda de condiciones de vida más humanas. No es extraño, sin embargo, que estos movimientos migratorios susciten desconfianza y rechazo, también en las comunidades

eclesiales, antes incluso de conocer las circunstancias de persecución o de miseria de las personas afectadas. Esos recelos y prejuicios se oponen al mandamiento bíblico de acoger con respeto y solidaridad al extranjero necesitado.

Por una parte, oímos en el sagrario de la conciencia la llamada a tocar la miseria humana y a poner en práctica el mandamiento del amor que Jesús nos dejó cuando se identificó con el extranjero, con quien sufre, con cuantos son víctimas inocentes de la violencia y la explotación. Por otra parte, sin embargo, a causa de la debilidad de nuestra naturaleza, “sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor” (Exhort. ap. [\*Evangelii gaudium\*](#), 270).

La fuerza de la fe, de la esperanza y de la caridad permite reducir las distancias que nos separan de los dramas humanos. Jesucristo espera siempre que lo reconozcamos en los emigrantes y en los desplazados, en los refugiados y en los exiliados, y asimismo nos llama a compartir nuestros recursos, y en ocasiones a renunciar a nuestro bienestar. Lo recordaba el Papa Pablo VI, diciendo que «los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás» (Carta ap. [\*Octogesima adveniens\*](#), 14 mayo 1971, 23).

Por lo demás, el carácter multicultural de las sociedades actuales invita a la Iglesia a asumir nuevos compromisos de solidaridad, de comunión y de evangelización. Los movimientos migratorios, de hecho, requieren profundizar y reforzar los valores necesarios para garantizar una convivencia armónica entre las personas y las culturas. Para ello no basta la simple tolerancia, que hace posible el respeto de la diversidad y da paso a diversas formas de solidaridad entre las personas de procedencias y culturas diferentes. Aquí se sitúa la vocación de la Iglesia a superar las fronteras y a favorecer «el paso de una actitud defensiva y recelosa, de desinterés o de marginación a una actitud que ponga como fundamento la “cultura del encuentro”, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno» ([\*Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2014\*](#)).

Sin embargo, los movimientos migratorios han asumido tales dimensiones que sólo una colaboración sistemática y efectiva que implique a los Estados y a las Organizaciones internacionales puede regularlos eficazmente y hacerles frente. En efecto, las migraciones interpelan a todos, no sólo por las dimensiones del fenómeno, sino también «por los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que *suscita*, y por los dramáticos desafíos que *plantea* a las comunidades nacionales y a la comunidad internacional» (Benedicto XVI, Carta enc. [\*Caritas in veritate\*](#), 29 junio 2009, 62).

En la agenda internacional tienen lugar frecuentes debates sobre las posibilidades, los métodos y las normativas para afrontar el fenómeno de las migraciones. Hay organismos e instituciones, en el ámbito internacional, nacional y local, que ponen su trabajo y sus energías al servicio de cuantos emigran en busca de una vida mejor. A pesar de sus generosos y laudables esfuerzos, es necesaria una acción más eficaz e incisiva, que se sirva de una red universal de colaboración, fundada en la protección de la dignidad y centralidad de la persona humana. De este modo, será más efectiva la lucha contra el tráfico vergonzoso y delictivo de seres humanos, contra la vulneración de los derechos fundamentales, contra cualquier forma de violencia, vejación y esclavitud. Trabajar juntos requiere reciprocidad y sinergia, disponibilidad y confianza, sabiendo que «ningún país puede afrontar por sí solo las dificultades unidas a este

fenómeno que, siendo tan amplio, afecta en este momento a todos los continentes en el doble movimiento de inmigración y emigración» ([\*Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2014\*](#)).

A la globalización del fenómeno migratorio hay que responder con la globalización de la caridad y de la cooperación, para que se humanicen las condiciones de los emigrantes. Al mismo tiempo, es necesario intensificar los esfuerzos para crear las condiciones adecuadas para garantizar una progresiva disminución de las razones que llevan a pueblos enteros a dejar su patria a causa de guerras y carestías, que a menudo se concatenan unas a otras. A la solidaridad con los emigrantes y los refugiados es preciso añadir la voluntad y la creatividad necesarias para desarrollar mundialmente un orden económico-financiero más justo y equitativo, junto con un mayor compromiso por la paz, condición indispensable para un auténtico progreso. Queridos emigrantes y refugiados, ocupáis un lugar especial en el corazón de la Iglesia, y la ayudáis a tener un corazón más grande para manifestar su maternidad con la entera familia humana. No perdáis la confianza ni la esperanza. Miremos a la Sagrada Familia exiliada en Egipto: así como en el corazón materno de la Virgen María y en el corazón solícito de san José se mantuvo la confianza en Dios que nunca nos abandona, que no os falte esta misma confianza en el Señor. Os encomiendo a su protección y os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

*Vaticano, 3 de septiembre de 2014*

**FRANCISCO**

## **B.- Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española**

### **Introducción**

Queridos hermanos y hermanas:

El papa Francisco, con motivo de la celebración de la 101 Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, del año 2015, ha dirigido a toda la Iglesia un mensaje estimulante, luminoso y profético. Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones, siguiendo el surco abierto por el santo padre, queremos, por nuestra parte, invitaros a acoger su palabra, a releerla desde nuestras realidades concretas y a llevarla a la práctica.

Nos invita el santo padre, en primer lugar, a contemplar a Jesús, «el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona»[1], a dejarnos sorprender por su solicitud en favor de los más vulnerables y excluidos, a reconocer su rostro sufriente en las víctimas de las nuevas formas de pobreza y esclavitud, a acoger su palabra, tan clara, tan contundente: «Fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25, 35-36).

### **1.- Iglesia sin fronteras, Madre de todos**

La Iglesia, heredera de la misión de Jesús, a la vez que anuncia a los hombres que «*Dios es amor*» (1 Jn 4, 8.16) abre sus brazos para acoger a todos, sin discriminaciones. Ya en Pentecostés, los discípulos, empujados por el Espíritu, vencen miedos, superan dudas, se arriesgan al encuentro con quienes los judíos conocían como nacionalidades diversas, y, a pesar de las diferencias de lenguas, se entendían. Los hombres podemos entendernos cuando hablamos el lenguaje de Dios, que es el amor. Y cuando nos encerramos en nuestra torre, para evitar al que consideramos extranjero, pretendiendo preservar así nuestras seguridades, no hay entendimiento, sino división, violencia y marginación.

Hoy, como ayer, hemos de salir al encuentro de los hermanos emigrantes, haciendo visible la maternidad de la Iglesia, que, superando razas y fronteras, a todos acoge y «abraza con amor y solicitud como suyos»[2]. Es lo que resume admirablemente el lema elegido para esta Jornada del Emigrante y del Refugiado: «Iglesia sin fronteras, Madre de todos». La Iglesia en su conjunto y cada cristiano en particular hemos de practicar y difundir la cultura del encuentro, de la acogida, de la reconciliación, de la solidaridad.

Para una madre ningún hijo es inútil, ni está fuera de lugar, ni es descartable. Las madres, cuando se trata de los hijos, no saben de fronteras, como no lo sabía Jesús, al que vemos pasar al otro lado del lago, país extranjero, adentrarse en territorio sirio-fenicio, atravesar el país de los samaritanos, comer con publicanos y pecadores. No son las fronteras lo que le detiene, sino, más bien, los reencuentros, donde las diferencias son asumidas y transformadas en una acogida enriquecedora recíproca. Admira la fe de la sirio-fenicia (*Mt* 15, 21-28), hace que la samaritana se encuentre consigo misma y se convierta en evangelizadora para sus vecinos (*Jn* 4, 1-26). Al hilo de sus reencuentros Cristo reacciona, y a veces se irrita por el uso duro e ideologizado de las diferencias (*Mc* 1, 40-45; *Mt* 15, 1-20, *Mt* 9, 9-13).

## **2.- Por un mundo nuevo, superando desconfianzas y rechazos**

Las migraciones son un signo de nuestro tiempo, que está cambiando la faz de los pueblos. En España había a principios de 2014 cinco millones de personas extranjeras empadronadas. Entre ellas, son numerosas las que emprenden viajes muy arriesgados con la esperanza de encontrar un futuro mejor para ellos y sus familias. También ha vuelto a repuntar el número de españoles que emigran, para quienes las Misiones Católicas en Europa son una gran referencia.

«No es extraño, sin embargo —advierte el santo padre— que estos movimientos migratorios susciten desconfianza y rechazo, también en las comunidades eclesiales, antes incluso de conocer las circunstancias de persecución o de miseria de las personas afectadas. Esos recelos y prejuicios se oponen al mandamiento bíblico de acoger con respeto y solidaridad al extranjero necesitado»[3].

Hay que ponerse dentro de la piel del otro para entender qué esperanzas y deseos le mueven a dejar su tierra, su familia, los lugares conocidos; de qué situaciones busca escapar. Clama al cielo constatar las abismales desigualdades de renta media *per capita* o de esperanza media de vida entre muchos de los países de origen y los países de destino de los emigrantes.

¿Quién de nosotros no buscaría escapar del hambre, de la persecución o de la guerra, cuando no de la muerte?.

El mapa de la desigualdad entre países es una afrenta clamorosa a la dignidad de millones de seres humanos. Con el agravante de que las migraciones forzadas e irregulares dan lugar frecuentemente a la aparición de las mafias, a que surjan viejas y nuevas formas de pobreza y esclavitud (mujeres víctimas de la prostitución, menores no acompañados y en situaciones de riesgo, refugiados...). Son llagas por las que el Señor sigue sangrando.

### **3.- «Salir del propio amor, querer e interés. Unir esfuerzos»**

El santo Padre ha invitado reiteradamente:

- a la renuncia de sí mismos: «Jesucristo nos llama a compartir nuestros recursos y, en ocasiones, a renunciar a nuestro bienestar»[4]. A causa de la debilidad de nuestra naturaleza humana, sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor»[5].
- a unir esfuerzos. No podemos contentarnos con la mera tolerancia. En la comunidad cristiana no caben reticencias que impidan o dificulten acoger a personas de procedencias y culturas diferentes. Las comunidades educativas tienen un gran papel que jugar al respecto. Reiteramos, a este respecto, la llamada, que ya ha sido secundada en bastantes casos, a que delegaciones o secretariados diocesanos de Migraciones, organizaciones de caridad, congregaciones religiosas, universidades de la Iglesia y organizaciones no gubernamentales se brinden con generosidad
- a ofrecer espacios de intercambio para compartir líneas de trabajo y experiencias desde la identidad y misión propia;
- a reflexionar juntos para realizar más eficazmente la tarea y para diseñar camino de futuro;
- a avanzar en la coordinación y la colaboración trabajando en comunión. Esta es una dimensión integrante y un testimonio muy significativo, en medio de un mundo dividido, de nuestra identidad eclesial.

Consuela el hecho de que en los últimos años hayan sido un millón largo de personas las que han conseguido la nacionalidad española por residencia. Pero nos duele que, a pesar de los planes de integración, sigan siendo numerosos los que se ven obligados a vivir en asentamientos inhumanos o hacinados en viviendas indignas.

Nos preocupa la llamativa caída en cooperación internacional a niveles tan bajos como los actuales, porque mientras no cambien las condiciones inhumanas de vida en los países pobres y sea factible el derecho a no emigrar, nada ni nadie detendrá las migraciones.

Reconocemos el derecho de los Estados a regular los flujos migratorios y de las dificultades que ello implica. Sabemos y valoramos las muchas vidas salvadas por las patrullas de vigilancia y los servidores del orden público en las proximidades de nuestras costas. Pero hay derechos que son prioritarios. Por eso, qué tristeza se siente cuando nos llegan noticias de muertes y de violencia, o que se adopten medidas como las devoluciones sumarias. También nos duele que no se sigan buscando alternativas más dignas que los Centros de Internamiento. En este sentido, nos adherimos a la denuncia contra cualquier actuación en que no se tengan en cuenta los derechos humanos. Pedimos que se cumplan los tratados internacionales y se verifique, al menos, si las personas pudieran ser acreedoras del asilo político, ser víctimas de la “trata” o necesitadas de asistencia sanitaria urgente.

El santo padre nos ha recordado recientemente hablando de Europa que «no se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio». Y que «la ausencia de un apoyo recíproco dentro de la Unión Europea corre el riesgo de incentivar soluciones particularistas del problema, que no tienen en cuenta la dignidad humana de los inmigrantes, favoreciendo el trabajo esclavo y continuas tensiones sociales»[6]. Las políticas migratorias no pueden depender solo de nuestras necesidades, sino de la dignidad de sus protagonistas y del vínculo que nos une como miembros de la familia humana. Nuestra responsabilidad con ellos continúa siendo urgente en materias de cooperación internacional, acogida, integración y cohesión social. Estas deben ser atendidas también desde la dimensión ética de la política y de la vida social. Porque la ausencia de esta dimensión afecta negativamente a nuestros hermanos extranjeros migrantes.

#### **4.- «Globalizar la caridad»**

El santo padre, tras recordar, una vez más, la vocación de la Iglesia a superar fronteras, reitera la invitación a que trabajemos en pro del «paso de una actitud defensiva y recelosa, de desinterés o de marginación, a una actitud que ponga como fundamento la “cultura del encuentro”, la única capaz de construir un mundo más justo y fraterno»[7].

Dadas las dimensiones de los movimientos migratorios y los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que suscitan hemos

de seguir abogando, con el santo padre, como vía imprescindible para regularlos, por una «colaboración sistemática y efectiva que implique a los Estados y a las Organizaciones internacionales».

Queremos sumarnos, desde nuestras Iglesias, a tantos organismos e instituciones internacionales, nacionales y locales, que ponen sus mejores energías al servicio de los emigrantes. Se necesita, dice el papa, «una acción más eficaz e incisiva (...), una red universal de colaboración» que tenga como centro la protección de la dignidad de la persona humana, frente al «tráfico vergonzoso de seres humanos, contra la vulneración de los derechos y contra toda forma de violencia, vejación y esclavitud». Trabajar juntos, dice el papa, «requiere reciprocidad y sinergia, disponibilidad y confianza».

Se lo hemos escuchado reiteradamente tanto al papa Francisco como a sus antecesores: «A la globalización del fenómeno migratorio hay que responder con la globalización de la caridad y de la cooperación». Ello implica intensificar los esfuerzos para crear condiciones de vida más humana en los países de origen, y una progresiva disminución de las causas que originan las migraciones, sobre las que hay que actuar. Implica «desarrollar mundialmente un orden económico-financiero más justo y equitativo».

### **Conclusión**

Agradecemos su generoso trabajo a las delegaciones diocesanas, congregaciones religiosas, voluntarios, etc. Terminamos con una palabra para vosotros, los emigrantes y refugiados: queremos, que ocupéis, como nos dice el papa, un lugar especial en el corazón de la Iglesia. Deseamos que esto sea realidad en cada una de nuestras Iglesias; vosotros sois un estímulo más para que estas manifiesten su maternidad y ensanchen su corazón para hacer suyas vuestros gozos y vuestras esperanzas, vuestras tristezas y angustias. Os encomendamos a la protección amorosa de la Sagrada Familia, que, como muchos de vosotros, tuvo que superar muchos tipos de frontera, y que supo lo que es la emigración forzosa sin perder la confianza en Dios.

Madrid, 18 de enero de 2015

Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

-----

[1] Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 209.

[2] Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 14.

[3] Francisco, *Mensaje* para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2015.

[4] Francisco, *Mensaje* para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2015.

[5] Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 270.

[6] Francisco, *Discurso* al Parlamento Europeo de Estrasburgo (25.XI.2014).

[7] Francisco, *Mensaje* para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2015.

Copyright © 2015 Conferencia Episcopal Española.  
C/ Añastro, 1. 28033 Madrid (España) - Tel. 913 439 600

### III

## **Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 2015**

### **«Jesús le dice: “Dame de beber”» (Jn.4,7)**

Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales

La Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos es una iniciativa a la que se adhieren la mayoría de las Iglesias y confesiones cristianas y que se viene celebrando desde 1908. A través de estos años ha venido configurándose como una cita anual que nos damos los cristianos de todo el mundo para rezar por nuestra plena unidad visible según el deseo de Jesús, expresado en su oración a Dios Padre en la sobremesa de la última Cena: «Que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea» (Jn 17, 21). La Iglesia católica participa en la preparación y la promoción de la Semana de la Unidad a través del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, que edita cada año los materiales conjuntamente con la Comisión «Fe y Constitución» del Consejo Mundial de Iglesias, órgano este último que es una de las expresiones más importantes del movimiento ecuménico, englobando actualmente a más de 300 Iglesias y comunidades cristianas, incluidas la mayoría de las ortodoxas y gran número de anglicanas, bautistas, luteranas, reformadas, unidas e independientes. Complace mucho a esta Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia Episcopal Española que estas dos instituciones que representan a la mayoría de los cristianos le encomienden la versión oficial española de los materiales de la Semana de Oración por la Unidad que utilizan los hispanohablantes de las distintas denominaciones.

Desde 1975 los materiales para esta Semana son inicialmente propuestos por un grupo ecuménico local y asumidos después por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y la Comisión «Fe y Constitución» del Consejo Mundial de Iglesias. Este modo de proceder permite que conozcamos y hagamos nuestros los anhelos y esfuerzos ecuménicos de unos cristianos que viven en una determinada situación y lugar, rezando por ellos y con ellos por la unidad de todos los discípulos del Señor. Para la Semana 2015 los materiales han sido inicialmente elaborados por un grupo de trabajo creado por el Consejo Nacional de Iglesias Cristianas de Brasil (CONIC), con la activa participación del Centro Ecuménico de Servicios de Evangelización y Educación Popular (CESEP) y del Centro Ecuménico de Estudios Bíblicos (CEBI). La situación religiosa y cultural de Brasil está, por tanto, muy presente en los materiales de este año, como también el método de lectura «contextual» o «popular» de la Biblia que promueve el CEBI.

En los últimos años en Brasil han surgido muchas pequeñas comunidades cristianas de carácter pentecostal o evangélico que compiten entre sí para tener más fieles, más presencia

en los medios de comunicación y más subvención estatal. Esta competencia lleva a veces a considerar a las otras comunidades cristianas como adversarias con las que es mejor no tener ningún trato y de las que no hay nada que aprender, haciendo que se marquen bien las diferencias. De ahí que el texto bíblico de referencia para este año y el lema han sido elegidos para exhortarnos a dejar atrás una mentalidad competitiva entre las Iglesias y comunidades cristianas y a adoptar una actitud que valore la complementariedad y reconozca la necesidad que tenemos los unos de los otros.

En el encuentro entre Jesús y la mujer samaritana junto al pozo de Jacob que narra el evangelista Juan en su escrito (*Jn* 4, 1-42) y que constituye el texto bíblico de referencia para este año, Jesús, cansado del viaje, pide a la mujer agua: «Jesús le dice: “Dame de beber”» (*Jn* 4, 7). Sin embargo, Jesús también dirá poco después que él le pueda dar a ella «agua viva», un agua que se convertirá dentro de ella en un «surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (*Jn* 4, 14). De este modo, en la propuesta de oración para este año se nos invita a probar agua de un pozo diferente y a dar un poco de la nuestra, es decir, a saber reconocer y valorar el don de Dios y las riquezas y valores que están presentes en los demás, a compartir, a darnos cuenta que la diversidad no es una amenaza, sino que puede convertirse en una riqueza. A lo largo de los ocho días de oración se va desmenuzando esta propuesta a través de la proclamación del Dios uno y trino que nos ha creado a su imagen, de la denuncia de situaciones de pecado que causan discriminaciones injustas, de la renuncia a actitudes pecaminosas que excluyen a los demás y del testimonio común de la bondad de Dios.

Los obispos de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales deseamos exhortar a todas las diócesis españolas a través de las delegaciones de ecumenismo y diálogo interreligioso a utilizar estos materiales y a organizar, junto con las demás Iglesias y comunidades cristianas presentes en su territorio y de acuerdo con las circunstancias locales, la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos como una cita anual importante que expresa nuestra confianza en el poder de la oración y nuestro deseo de acoger, cuando el Señor quiera, por los medios que él quiera y como él quiera, el don de la plena unidad visible de todos los cristianos.

Un acontecimiento de mucha trascendencia ecuménica e interreligiosa que ha tenido lugar el año pasado y que no podemos dejar de mencionar en este mensaje ha sido la peregrinación del papa Francisco a Tierra Santa con ocasión del 50 aniversario del encuentro en Jerusalén entre el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras. Ha sido un viaje lleno de gestos y palabras que tuvo un epílogo en su encuentro en los jardines vaticanos con los presidentes de Israel y de la Autoridad Nacional Palestina el domingo 9 de junio para rezar por la paz. En la *Declaración Conjunta*, firmada en Jerusalén por el papa Francisco y el patriarca ecuménico Bartolomé I el 25 de mayo 2014, después de constatar la importancia del abrazo que se dieron el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras hace 50 años que preparó el camino para «remover de la memoria y de la mente de las Iglesias las sentencias de mutua excomunión de 1054», se afirma lo siguiente:

«Aun siendo plenamente conscientes de no haber alcanzado la meta de la plena comunión, confirmamos hoy nuestro compromiso de avanzar juntos hacia aquella unidad por la que Cristo nuestro Señor oró al Padre para que “todos sean uno” (*Jn* 17, 21). Con el convencimiento de que dicha unidad se pone de manifiesto en el amor de Dios y en el amor al prójimo, esperamos con impaciencia que llegue el día en el que finalmente participemos juntos en el banquete eucarístico. En cuanto cristianos, estamos llamados a prepararnos para recibir este don de la comunión eucarística, como nos enseña san Ireneo de Lyon (*Adv. haer.*, IV, 18, 5: PG 7, 1028), mediante la confesión de la única fe, la oración constante, la conversión interior, la vida nueva y el diálogo fraterno. Hasta llegar a esta esperada meta, manifestaremos al mundo el amor de Dios, que nos identifica como verdaderos discípulos de Jesucristo (cf. *Jn* 13, 35)».

Junto a esta importante peregrinación a Tierra Santa, cuyo motivo principal fue ecuménico, también en los demás viajes realizados por el santo padre a lo largo del año pasado, como el de Corea, el de Albania y muy especialmente el de Turquía, la preocupación por la unidad de los cristianos y el diálogo entre las religiones siempre ha estado en primer plano. Lo mismo vale para muchos de sus discursos y encuentros con representantes de otras Iglesias y religiones. Cabe destacar la cercanía y cordialidad mostrada por el papa Francisco con los pastores y las comunidades cristianas del ámbito pentecostal y evangélico, tanto en Italia como en otros lugares del mundo, a los que ha ido a visitar o a las que ha enviado mensajes con motivo de sus reuniones.

Todo esto nos llena de ilusión y nos mueve con más fuerza, si cabe, a esforzarnos en nuestro cometido a favor de la unidad de los cristianos y del diálogo interreligioso, conscientes de la importancia que esto tiene para el sucesor de Pedro. Deseamos que esta ilusión y ganas de trabajar se haga también presente en las delegaciones diocesanas en las que a veces puede hacer mella el desánimo y la desilusión por la dificultad de la tarea y la falta de recursos. La celebración de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos de este año constituye una buena oportunidad para renovar nuestra ilusión y nuestro compromiso.

Hay también otros aniversarios que estamos celebrando estos meses que pueden constituir una buena ocasión para reforzar nuestras actividades ecuménicas y de diálogo interreligioso. Este es el caso, por ejemplo, de los 50 años de los documentos del Concilio Vaticano II más relacionados con nuestra labor, como la constitución *Lumen gentium*, el decreto *Unitatis redintegratio* y las declaraciones *Dignitatis humanae* y *Nostra aetate*. Estos dos últimos fueron promulgados a finales de 1965 y podría ser oportuno organizar algún acto con este motivo, quizás conjuntamente con las instituciones académicas presentes en las diócesis.

No podemos terminar este mensaje sin mencionar con mucho dolor e indignación la triste realidad de la persecución y discriminación de cristianos de todas las denominaciones en muchos países de Oriente Medio, África y Asia de mayoría musulmana. Hemos denunciado esta barbarie en nuestros anteriores mensajes, pero esta no ha hecho más que aumentar en ferocidad y en extensión, dándose en muchas regiones que han sido cuna del cristianismo y que vieron el florecimiento de importantes comunidades cristianas en los primeros siglos de nuestra era, que forjaron una rica cultura que es patrimonio de todos. Ahora, olvidando la que ha sido la historia de estas regiones, despreciando su cultura originaria, ignorando el derecho fundamental a la libertad religiosa, se discrimina a los cristianos, se les niega el derecho de ciudadanía al mismo nivel que los demás, se les persigue y se cometen contra ellos las peores atrocidades con casi total impunidad. Muchos cristianos han sido asesinados y muchas familias han tenido que abandonar sus ciudades, casas y templos, quedando la presencia cristiana en estos lugares diezmada o extinguida por completo. Todo esto no puede dejar indiferente a nadie de buena voluntad y menos a los que compartimos la misma fe, unidos más que nunca por ese «ecumenismo de la sangre», como tan acertadamente lo ha llamado el papa Francisco. Condenamos todo esto con la mayor firmeza, pedimos encarecidamente a todos los que pueden hacer algo, también a nuestros hermanos musulmanes, que pongan fin a esta barbarie, y nos comprometemos como pastores y cristianos a mostrarles nuestra cercanía afectiva y efectiva. ¡Que la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 2015 impulse a todos los cristianos hacia la unidad visible tan deseada por el Señor y nos lleve a una solidaridad real con los hermanos nuestros que sufren persecución a causa de su fe y a comprometernos con ellos por la libertad y la paz!

*Los obispos de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales*